

## DONDE NO LLEGO LA POLITICA LLEGO EL FUTBOL

simplemente que así como la pugna Barcelona F. C.-Real Madrid ha polarizado y desviado las reticencias entre Cataluña y el Centro, las peripecias del Barça se han convertido de alguna manera en las peripecias de todos los que consideran que el problema fundamental no está solucionado, sino simplemente aplazado.

No hay otra explicación posible para la extraordinaria representación simbólica que ha alcanzado un club que durante los últimos trece años no ha dado excesivas satisfacciones a sus seguidores. Es más: un club que ha de plantearse la ampliación de su estadio porque hay una cola de peticiones de nuevos socios y abonados de asientos. Y esa cola no se debe al año-Cruyff; estaba ya formada a finales de la temporada anterior, deportivamente desastrosa, cuando el club se vio obligado a no admitir más socios porque no sabía dónde meterlos. Sería muy simplista atribuir un carácter «prefabricado» a esta significación extradeportiva del Barça. Es más: todos los políticos deportivos que el club ha tenido al frente se han esforzado en tirar de las riendas de esa significación. Han sido todos gentes de orden: desde los mandos políticos nombrados después de la guerra civil hasta la ristra de empresarios textiles que han compuesto las Directivas posteriores a la del marqués de la Mesa de Asta. Por sí esa voluntad de contención no fuera suficiente, siempre ha habido un ángel de la guarda político que ha relacionado al club con la Delegación Nacional de Deportes. No hay que olvidar, por ejemplo, que el actual delegado nacional de Deportes, señor Gich Bech de Carede, ha sido gerente del Barcelona durante varios años, y sigue ahora muy de cerca el impresionante «boom» del club azulgrana.

El problema escapa al club. Son los catalanes quienes buscan una participación simbólica, una comunicación de masas autoidentificadas mediante una institución. De ahí que no sea una presunción descabellada el atribuir, a cierto nivel, una significación del Barça equivalente a la del monasterio de Montserrat, Pau Casals o la poesía de Salvador Espriu y Pere Quart. Catalanes que testan el fútbol, que no entienden cómo veintidós personas puedan perder noventa minutos dándole patadas a una pelota, sienten como propias las victorias y derrotas del Barça. Del problema de los árbitros y del Barça hablaban hasta las señoras dedicadas a «sus labores» en cualquier conversación de mercado o de esquina.

Esto son evidencias, y a nada conduce negar la evidencia. La gente catalaniza a los jugadores. Yo he oído cómo a Pereda el público le llamaba «Perera» (equivalente, en catalán), Gallego sueña algo así como «Gallegu», a De la Cruz se le llama en broma

«De la Creu», Cruyff ya no es Joham, es «Joan» o «Joanet».

### El dinero no lo es todo

En toda España ha progresado la imagen de que el Barça es un emporio económico, que ha conseguido su auge actual a base de millones. Quedarse en esta justificación es o no entender la cuestión o no querer entenderla. Durante trece o catorce años, el público ha soportado continuas frustraciones, y no ha ocultado su malestar, comportándose con la misma neurastenia de otros públicos igualmente frustrados. Pero siempre sobre la base de una solidaridad creciente, de una fidelidad a prueba de fracasos.

No quisiera que esta argumentación pudiera interpretarse como un «canto a la singularidad de una afición». Trato simplemente de informar sobre los matices de un asunto no siempre al alcance de los que aplican a este tema claves interpretativas excesivamente esquemáticas o basadas en el tópico de lo que los españoles creemos de nosotros mismos. La borriquería que implica seguir creyendo que el andaluz es un juerquista y un gandul, que el madrileño es un castizo chungón y que el catalán es un tacaño y reservón ha sido mantenida por la falta de claridad con que se ha abordado la problemática de nuestros países y nuestras gentes. Pocas veces se ha dado el caso de unas comunidades tan mal comunicadas como las nuestras.

Quisiera, pues, que quedara claro que interpreto la explosión de júbilo catalán como un fenómeno sociológico cargado de connotaciones extradeportivas. Esas connotaciones existen, pese a quien pese, para mal o para bien. Hasta ahora han servido para encauzar malos humores.

De momento, el Barça ha servido para que los catalanes se sintieran consolados, y el poder central, liberado de peligrosas derivaciones. El equipo celebró su victoria final en la plaza de San Jaime, subió al balcón del Ayuntamiento y la Diputación, había público abundante y banderas: catalanas y azulgranas. Tal vez no pasó nada más porque ahora la política vuelve a tener un cierto interés público. Por otra parte, las genialidades comerciales de Cruyff, que ha llegado a unificar a los jugadores azulgranas en su política de poner precio a cualquier cosa, puede hacer más en contra del Barça como símbolo que cualquier acción fraguada desde cerebros políticos centralistas. Cruyff ha revitalizado a este Barça 1974, pero tal vez haga de él un fabuloso club de excelentes mercenarios. De momento, el público no nota cambios, porque en amor, lo importante es que la pasión del amante convierta en virtudes los defectos del amado. ■ LUIS DAVILA.



## LOS AMIGOS DEL PASADO

La imaginación política española está desajustada en el tiempo y en el espacio. Los maestros bizantinos tejen sus comentarios en torno al General Spinola y su Junta de Salvación, al Oeste del país, o en torno al General Berenguer y su "Dictablanda", a casi medio siglo

del presente. Un ex ministro culpa del magnicidio de hace apenas cinco meses a la masonería: se va al siglo XIX. Los más jóvenes se inclinan hacia el futuro, a "lo que sucederá cuando". Es curioso que lo que parece es que desean hablar en realidad de aquí y ahora. Lo que consiguen es enredar la Historia. Resulta que los españoles hemos perdido la facultad de hablar o criticar el tiempo presente. Como si el presente tuviese un solo dueño: el Gobierno vigente.

Así ha emergido el tema Berenguer. Varios periódicos se disputan la capacidad de interpretar correctamente aquella figura —la estampa de largo bigote y sable curvo típica de un general de su tiempo— y su acción política, y de retorcerla hasta adecuarla o desadecuarla a lo que está pasando en España: a lo que imaginan que está pasando, o lo que desean que pase o a lo que temen que pase. Si el patricio que hizo el hallazgo para sus fines, el ex ministro Gonzalo Fernández de la Mora (que ha publicado nueve libros, según dice en su carta abierta a "Informaciones" para apoyar su seguridad doctrinal) hubiese escrito un artículo diciendo: "Señor Presidente del Consejo, tenga cuidado: si usted se ablanda, se le vendrá encima una República, y una República traería una guerra civil", sus contradictores o sus favorecedores especularían acerca de la posibilidad de concatenación de tales sucesos; pero si se utiliza la imagen de Berenguer no sólo no se esclarece el presente, sino que se malea el pasado. La polémica pierde peso específico. Y sentido. ¿Cómo va a discutir sobre Berenguer un país que ignora quién es Girón?

Este mandarinato intelectual resulta, más que primitivo, arcaico. Pensadores de totem y tabú. Una vez, un régimen vigilante y severo se hizo blando; cayó una monarquía, se proclamó una República. Cinco años después se formó un frente popular, y unos meses después estalló

una guerra civil. Conviértase esa sucesión en axioma: cada vez que un régimen se ablanda, sobreviene una República. Cada vez que gobierna una República, se produce una guerra civil. Recuerdo una vieja historia francesa: Un periodista inglés viajaba en un transatlántico que tocó a la madrugada el puerto de Dieppe; el periodista se asomó por la borda y vio un cojo que caminaba entre las brumas. Y el primer artículo que envió a su periódico decía: "Todos los franceses son cojos y se pasean por los puertos entre la niebla de la madrugada".

Una de las características del pasado es que no existe. Algunos de sus factores se han acumulado al presente, de tal manera que no es posible borrarlos ni exagerarlos; otros han desaparecido para siempre, y no hay "médium" que, por mucho que los invoque, sea capaz de hacerlos aparecer. El general Berenguer, Girón, Fernández de la Mora, son figuras del pasado: han aportado, han acumulado sus efectos, buenos o malos; y aquellos efectos son irrepetibles. Permanece lo que en juego libre de azar y necesidad tenía que prevalecer. Los que están vivos podrán, quizá, actuar; pero nunca en nombre de lo que fueron, del tiempo que a ellos les pareció ideal, sino en función de que su capacidad política y las circunstancias continuamente cambiantes de la sociedad en cuya transformación ellos mismos han tomado parte, lo requiera.

Pero si siguen viendo cojos a la madrugada en el puerto de Dieppe, no les quedará más que el recurso clásico de los ex ministros: escribir sus memorias. ■

POZUELO